

SE PUBLICA
LOS JUEVES Y DOMINGOS.

Director y Administrador,

DON JUAN SOLER.

No se devuelven los escritos.

¡ESPAÑA CON HONRA!

PERIODICO CATOLICO-MONARQUICO.

PRECIOS.

En Salamanca un mes, 4 rs.—Tre
10.—Seis id., 18.

Punto de suscripcion.—En Salama
en la Imprenta del Periódico.—E
ra de Salamanca por libranzas ó se
de correos, un mes 5 rs.; un trim
tre 13.—Los anuncios para los suscrit
gratis hasta 6 líneas, pasando medio
cada una

LA VERDAD.

El Diputado Sr. Castelar hace pocos días ha dicho en el parlamento una gran verdad, de nosotros harto concida, pero que publicamos sin embargo para conocimiento de los incautos, para que los gefes de revolucion sean bien conocidos, y para edificación de España. Los que en 1866, decía el audaz tribuno de la minoría republicana, proyectaron abrir los presidios, prometiendo á sus moradores dos horas de saqueo; los instigadores de las horribles hecatombes del Cuartel de S. Gil, el 22 de Junio, fueron los compañeros y correligionarios del Sr. Sagasta.

¿Y es posible que ante tan gravísima declaración sea aun el Sr. Sagasta Ministro de la Gobernación en la España con honra, en la España regenerada, en esa España que escitaba la admiración de Europa segun decian los autores de la revolución? Pues no conoce el Sr. Ministro que las palabras del adalid republicano le tienen desautorizado en términos de no poder continuar en el puesto que ocupa? Ha reflexionado bien la trascendencia y alcance de tan severa acusación? Somos adversarios leales del gobierno, de todos y cada uno de los ministros, y por lo mismo aconsejamos á S. E. que ó lave tal mancha y se purifique, si es que puede, de esta mortífera herida, ó que se retire callandito á su casa, que es lo mejor que puede hacer. Una autoridad si pierde su prestigio y la importancia social del puesto que ocupa, está hundida en la consideración pública. Sus disposiciones no se respetan, son el objeto constante de habillitas y de la censura pública, su permanencia en el poder se considera como una calamidad, y su caída es siempre estrepitosa y aplaudida.

Podrá dudarse que el Sr. Sagasta se encuentre hoy por desgracia en este caso? ¿No es público, segun decía el orador federalista, que los presidiarios y asesinos eran sus compañeros y correligionarios? En este caso cual es el concepto, el respeto, el prestigio moral de este Señor? Sus disposiciones, sus acuerdos, sus circulares qué importancia han de tener?

Por otra parte, el Sr. Sagasta por poco que reflexione debe conocer que las fuerzas vivas del país le han vuelto la espalda; no podia ser otra cosa despues de haberse hecho manifiesto que para hacer la revolución del 66 contaba con el apoyo de los presidiarios halagados con el aliciente del saqueo, contaba igualmente con militares asesinos, que para triunfar apelaban á traidoras y mortíferas asechanzas para deshacerse de sus nobles, valientes y beneméritos gefes. Este es el gran cargo hecho por el Sr. Castelar, esta la gran

verdad, no desmentida hasta ahora que sepamos, hecha pública ante la asamblea constituyente, pero cargo y verdad que inhabilita ciertamente al Sr. Ministro para continuar en su puesto. Y si se empeña en seguir, tanto peor para él, tanto mejor para nuestro noble y caballeroso partido Carlista, que jamás ha buscado coaliciones indignas, jamás se apoyará en hombres cuya frente esté manchada con el estigma del crimen, y le quedará siempre el derecho en el día no lejano de su triunfo, de decir, dentro de mis huestes jamás se abrigó la traición, la deslealtad, el perjurio, la felonía, los ladrones ni asesinos.

AVENTURA III.

Estoy en Madrid: ya lo saben mis lectores. En otro tiempo fué teatro de mis mas insignes proezas, y la cumbre de mi fortuna. Hoy por hoy no se puede aventurar nada de un día para otro. Todo es mudable y resbaladizo. El día menos pensado hay un cambio de decoración tal, que desaparecen de la escena todos los que desempeñan grandes papeles. Lo sentiría, porque de ese modo se me desvanecian todas mis esperanzas de medro. El día en que hubiera una regular administración en España, Gil Blas se quedaria.... Gil Blas, mientras hoy puede ser periodista, diputado, ministro, rey, segun la constitucion que felizmente nos rige. Pero no nos entreguemos á tristes augurios y estériles lamentaciones. Bastante tristeza y descontento hay en los semblantes de todos los madrileños, incluso los señores de la situación, para que necesite yo recargar el cuadro con el dolor de la exageración. Solo diré lo que se cuenta de un cierto bedel de la Universidad de Valladolid, cuando tenía que dar á un estudiante la nueva de su reprobación; los gobernantes lo hacen muy bien, la libertad es una cosa excelente, pero no ha dado gusto á los señores. Hablemos de cosas mas placenteras.

Madrid ya no es la corte de nuestros antiguos reyes. Al recorrer el primer día los teatros, tertulias y reuniones de la gente gorda, á tiro de ballesta conocí que á las costumbres y ceremonias entonadas de los antiguos nobles, habia sucedido el trato llano de los plebeyos. No ha sido menester afinarme para alternar con la buena sociedad de Madrid. Toda la gente es de los míos, y se me figura que no hago mal papel entre ellos. Ha desaparecido completamente aquel aire de señorío, aquel sello de grandeza que hacia antes á un paleta dificultoso el acceso á los finos modales de la corte. Hoy todas las clases se confunden en una llaneza y sanfason tal, que es una delicia tratar con ellos.

Y no porque no haya lujo en el vestir, hasta despilfarro en los gastos y esplendidez en la mesa y en el servicio. En casa de algunos señores se gasta y se triunfa y se divierte uno en grande. Embebidos los convidados en la embriaguez de los goces, no se acuerda uno allí de que hay tanta miseria en el pueblo. Seria una injusticia notoria á estos dichosos tiempos de igualdad en que vivimos, negarles dos condiciones que dificilmente volverán á tener la dicha de verse juntas, á saber, el lujo de los gastos y la llaneza de los que los consumen. Son grandes en la posición y plebeyos en el trato y en las costumbres. Segun eso Madrid ya no es lo que se llama propiamente una corte. Y es claro, no habiendo

rey, es inútil una nobleza que le acompañe: ha ciertas cosas que se desprenden de puro madura y se caen por su propio peso. Esto no obsta para que Madrid sea una población bonita, elegante, voluptuosa, ilustrada, opulenta, etc. Hoy están en él reunidas todas las eminencias del país que hace dos años bagaban por las regiones de la emigración. Las cruces y condecoraciones se han distribuido prodigamente. El dinero que antes circulaba por las provincias se ha acumulado allí. De todos los países cultos del mundo han venido sábios á fin de administrar la revolución de Setiembre. Todo el que penetra en el congreso, dice la representación nacional lo que un célebre embajador del senado romano, me parece un congreso de reyes. En fin, nada le falta hoy á Madrid para ser el asombro del mundo sino el ser la corte de España por la finura de sus modales.

Todo es admirable en él. Sus puertas están abiertas á todas las doctrinas, á todas las sectas y á todas las ambiciones. Indudablemente ha progresado... en el error y en la corrupción. Un fenómeno sin embargo me ha llamado la atención, que no se si habrá sido observado por otros. Cuanto mas anchas se abran las puertas de la Villa, con tanto mas cuidado se cierran las casas particulares. Esto consiste sin duda en que el mejor comentario al código de los derechos y libertades es un buen cerrojo á la puerta del domicilio, ó lo que es lo mismo, que si bien la constitucion es mas perfecta que la de ningún pueblo, sin duda por uno de esos descuidos propios del gran Homero, los señores diputados han dejado sueltos algunos cabos, que solo pueden atar los... señores Herreros.

Sus edificios, sus paseos y alumbrado son á no dudarlo mas cómodos y elegantes que los que yo alcancé. Pero en medio del esplendor y elegancia de las cosas, yo no se que de sucio he visto en el suelo de las costumbres, y qué de misterioso y vago en el horizonte de la situación. Cuanto mas se riegan las calles con el agua de los surtideros, tanto mas se manchan de lodo los rivetes de los vestidos, cuanto mas resplandor despide el alumbrado de gas en ciertos edificios, tanto se ve menos clara y despejada la situación. Cada establecimiento público es un misterio, como diria *El Diario Español*, que dá materia á otros tantos: ¡meditemos!

Pero yo no quiero meditar, que es propio de los hombres científicos, sino correr aventuras, que es lo que gusta á los suscritores de mi historia. La primera que me ocurrió en Madrid fué el encuentro casual con un caballero en frente del ministerio de la guerra. A los pocos pasos que di en seguimiento suyo se entabló entre los dos el diálogo siguiente:

—Y tu quién eres?

—Un hombre honrado que viene á Madrid á buscar fortuna.

—Algo escasa anda la moneda en Madrid en los tiempos que corren. Sin embargo, ¿eres progresista? unionista? cimbrío?

—Yo, Señor, soy español de sangre pura.... asturiano.

—Pareces tonto, te pregunto á qué partido perteneces...

—Pues le respondo á V. que soy español y que el mismo trono de España que me dieran no le partiria con nadie.

—Bien hombre!... yo creia habérmelas con un paleta, y me encuentro con un hombre de Estado. Vales mas que todos los gobernantes juntos, que con ser tan sabios y despues de tantas discusiones no han dado con una idea tan sencilla. Pero por lo mismo que eres hombre de algún provecho te aconsejo que no te muestres opositor á la vacante del trono. Tu tienes la honra bien sen-

LA ALMOHADITA DE UNA NIÑA.

Envía al pobre niño de sus padres privado
Una almohadita blanda para poder dormir.

I.

Dos niños pequeñitos que no tenían padre ni madre, dos ninitos sin amparo en el mundo, vagaban de noche, perdidos por las calles de una gran capital de provincia. Sin amigos, sin abrigo, sin pan, tenían miedo, tenían frío, tenían hambre; estaban muy cansados, se encontraban solos y lloraban. ¡Dios mío, tened piedad de los niños huérfanos de padre y madre.

El mayor se llamaba Pedro, el más pequeño José. Este apenas tenía seis años, y estaba ya solo en el mundo. ¿Solo?—No: pues tenía a su hermano mayor, le llevaba ocho años y era de más valor, de más fuerza, el apoyo y consuelo de su hermanito José.

«Pepito, le decía, agárrate a mí.» Y si hubierais visto con que ternura sostenía a su hermanito tan cansado, comprenderíais que este hermanito no estaba solo en el mundo.

«No llores, le añadía: nuestro buen Jesús nos protegerá.» Y si hubiérais visto el cariño con que enjugaba los ojos de su afligido hermanito, de seguro os habríais enternecido.

Y Pedro también estaba cansado, también tenía el corazón oprimido de pesar. Pero su paso era firme para ocultar su cansancio, y de vez en cuando volvía el rostro para enjugar sus lágrimas. ¡Dios mío, tened piedad de los niños huérfanos de padre y madre!

Allá en su aldea reinaba en otro tiempo la alegría y el contento; pero vino la muerte y se llevó al padre, y se llevó a la madre, y dejó a los niños solitos en el mundo.

Tenían un tío que, dejando hacia tiempo la aldea, se vino a una gran ciudad, y allí ganaba, según decían, muy buenos jornales en su oficio de carpintero. A él recurrieron, y contestó a sus sobrinos que se vinieran con él. Para pagar el viaje hubo que vender algunos muebles viejos y un poco de ropa usada, que era toda la herencia de los dos niños.

Se pusieron a pié en camino, tan pequeñitos aun, haciendo tan largo viaje, con la esperanza de reunirse con su tío en la gran ciudad. Lloraron al dejar el caserío y la aldea y el cementerio, en el cual y junto a la iglesia dormían sus abuelos y sus padres. Pero en esta edad feliz es tan fácil olvidar, que pronto se secaron sus lágrimas y pronto volvió su alegría.

Hélos ya en la gran ciudad. Pedro lleva bajo el brazo un atadillo, que era todo su equipaje: Pepe tenía miedo al ver tanta gente y se agarraba al brazo de su hermano. Pedro pregunta por la casa de su tío; llegan a ella. Pero ¡hal ocho días atrás se había caído de un tejado y muerto en el hospital el día anterior.

Su equipaje es muy ligero, su bolsa más ligera aun: apenas quedan a los niños algunos pocos cuartos: ¿que vá a ser de ellos? ¡Dios mío tened piedad de los niños que no tienen padre ni madre!

Era un hermoso día de invierno, casi calentaba el sol, la gran ciudad parecía alegre, en celebridad de alguna fiesta, y en esta edad feliz la distracción es tan fácil, que al verlos en el jardín público mirando los cisnes que se bañaban en el estanque, comiendo con apetito las nueces y el pan que habían comprado con sus últimos cuartos, los hubierais tomado por dos niños escapados de la escuela.

Pero la noche llega; han comido todo el pan; han gastado todo el dinero y la nieve empieza a caer. Tienen miedo, tienen frío, tienen hambre. ¡Dios mío, tened piedad de los niños que no tienen padre ni madre!

Marchan a la ventura, están muy cansados. En la calle de la Piedad, a la puerta de una casa grande, se sientan sobre un banco.

«¡Que hambre tengo!» dice Pepito; y Pedro estiendo su mano hacía el primero que por su lado pasa.—«Caballero, mi hermanito tiene mucha hambre, ¡por amor de Dios!» Le dan unos cuartos, corre por un panecillo, lo da a su hermano. «Y ¿tú no quieres?» «Yo, yo no tengo hambre.»

«Qué frío hace, añade Pepito, tengo sueño.» Pedro saca la ropita del atadillo y hace una cama sobre el banco. «Mira, acuéstate aquí, apoya tu cabeza sobre mis rodillas.»—«¿Y tú no duermes?» «Yo, yo no tengo frío, no tengo sueño.»

José se ha dormido y sueña: «Madre dice soñando, tengo mucho frío.» Y Pedro se quita su chaqueta y la extiende a los piés de su hermanito. Si le hubierais visto llorando, y procurando calentar las de su hermanito con sus manos heladas, no hubierais podido menos de enterneceros.

Era la Noche-buena. En la casa de la calle de la Piedad, a cuyas puertas estaban Pedro y José, se festejaba alegremente este feliz aniversario. Una familia alemana vivía en aquella casa, y en esta familia se guardaban religiosamente las alegres tradiciones del *Arbol de Noche-buena*.

Rodeaba el árbol toda la familia entera, y en ninguna parte se hubiera podido hallar otro que estuviera tan hermoso: iluminado con vasos de colores, adornado con cintas y rosas blancas, en cada rama ostentaba un tesoro; dulces, caramelos, polichinelas y muñecas, una vagilla de madera, una casa de labor con todas sus dependencias, libros de canto dorado, magníficos grabados, todo lo que puede figurarse en caprichosos sueños, todo se encontraba allí reunido. Los niños estaban extasiados y los padres participaban de su alegría: hasta la abuela, que puede asegurarse que era una alemana de raza pura, había renunciado por aquella noche a sus preocupaciones nacionales, y aseguraba que ni aun en Nuremberg, donde tantas maravillas se hacen, no podría hallarse un *Arbol de Noche-buena* tan magnífico.

Después de admirado todo; cuando ya habían comido algún dulce y muchos caramelos, y acunado a la muñeca y hecho bailar al polichinela y comer a los dos en la vagilla de madera, y después de revisar la casa de labor y dar vueltas al redil de las ovejitas, se abrieron con emoción los libros, se contemplaron con sorpresa sus magníficos grabados, y cuando se contaron y se volvieron a contar todos los tesoros, la madre, señora muy formal, hizo que todos se fueran a acostar: eran ya cerca de las diez. Ya veis que la fiesta fué larga y cumplida.

Ibanse a apagar los vasos de color, a quitar las cintas y a despojar el árbol de sus adornos; pero hé aquí que Genoveva, niña de 5 años, la más pequeña, se sienta en las rodillas de su madre, y no sin algún tartamudeo, con la timidez propia de una señorita bien educada, recitó unos versos que su hermana mayor le había enseñado, para que sorprendiera a sus padres en la noche de Noche-buena.

Hé aquí lo que recuerdo de estos versos:

Almohadita querida, de suave y blanca tela,
Llena de pluma fina comprada para mí,
Cuando del cierzo frío escucho los silbidos
¡Ay almohadita mía! qué bien descanso en tí.

Cien pobrecitos niños, desnudos y sin padres,
No tienen nunca almohada, no pueden descansar,
Y siempre tienen sueño; y esta su triste suerte,
Madre mía querida, a mí me hace llorar.

¡Oh dulce Jesús mío! que baje un ángel tuyo
Y consuele a los niños que vea aquí gemir;
Envía al pobre niño de sus padres privado
Una almohadita blanda para poder dormir.

Y al decir estas últimas palabras, las lágrimas ahogaban la voz de Genoveva, y aquella voz infantil, de acento tan tierno, tan patético, arrancó profundos sollozos a los que la oíamos. Todos abrazamos y besamos a la niña, pero ninguno de nuestros besos valía tanto como el que recibió de su madre, y su madre era de seguro más feliz entonces que la niña.

Pocos momentos después los niños se fueron a dormir, y cuando ya acostaditos recordaban los placeres de la fiesta, Genoveva repelía en su cama sobre su almohadita, antes de entregarse al sueño, estas palabras, encantadoras y dulces como una oración:

Envía al pobre niño de sus padres privado
Una almohadita blanda para poder dormir!

Y el buen Jesús oyó el ruego de Genoveva.

a y es lástima que se ponga en tela de juicio

Si supieras como anda la fama de ciertos personajes por esos mundos de Dios, te se quitaría voluntad de ser rey de España, aunque hubieras nacido príncipe. Hoy en Madrid se está discutiendo con mucho calor por personas muy fuertes, en las tertulias, en la prensa, etc. si ciertas señoras son señoras, si ciertos caballeros son señores, y quien ha robado más a la nación... alargar aquí tuvo que suspender la palabra, porque estábamos en una plaza de berduleras y a poco caemos en un lodazal inmundo. Qué os mandamos, caballero, exclamé yo medio gritando y se rieron del charco, volvimos a continuar tranquilos nuestro camino. Después de unos momentos de silencio me preguntó el caballero ¿de qué estamos hablando, paleta? yo no sé que iba a decir de un robo... y de unas señoras... En mi tierra se tiene más consideración a la desgracia, no puedo yo oír en paciencia que hombres que dicen caballeros... en fin, peor es meneallo. ¿tiene V. algo por ahí de notable que enseñarme? —Hombre sí, vamos a ver una jaula de oro... —Cosa rara! y es invención moderna? —Flamante, de última moda.

Y desde la plazuela de S. Miguel que atravesamos, me fué llevando por las calles Mayor y de las Fuentes, y por la acera del teatro real hasta la plazuela del Oriente. Enfilándome entonces hacia las habitaciones destinadas para S. A. el regente del reino, y rompiendo su prolongado silencio, en un tono de seguridad que revelaba una convicción profunda me dijo: Ahí tienes la jaula de oro donde los señores diputados de las cortes constituyentes han encerrado a la altísima persona que hoy en España desempeña el poder supremo.

—Pero si ese es el real palacio, el antiguo palacio de los reyes!

—Pues ahora ese palacio es una jaula.

—Caballero V. se burla de mi buena fé, y sabe V. por experiencia que los cortesanos no se ríen impunemente de los paletos.

—Ni me río ni me burlo, y no disputes sobre lo que no entiendes. Una persona tan competente en materia de literatura y de la lengua como el Sr. Castelar, le ha llamado jaula no hace muchos días en el Congreso.

—Pues entonces me callo. El Sr. Castelar es hombre competentísimo en materia de imágenes y de metáforas. Hablemos de otra cosa. Estoy observando que en ese edificio, sea jaula, palacio, o lo que sea, hay bastante descuido en el aseo. A lo que yo vislumbro desde aquí la parte bajera está algo sucia... me equivoco caballero?

—No, tienes buen olfato y una excelente vista. Por debajo no hay todo el esmero que debiera, pero en cambio la parte de arriba está demasiado limpia. Cuando se hizo el inventario de los muebles, alhajas, cuadros, etc. del estinguido real patrimonio, hubo una limpieza general en el alcazar, que agradecerá mucho a los albaceas el monarca futuro. Hoy da gusto recorrer las habitaciones reales. Está todo tan ordenado que no se encuentra tropiezo en ninguna parte.

—Y no podría yo entrar al servicio de la real casa?

—Dificilillo será. Todos los destinos están ocupados por los unionistas que ha dejado cesantes el Sr. Sagasta. Y el caballero se quedó pensativo, y yo me quedé absorto contemplando la magnificencia del alcazar y discurriendo quien tendría más probabilidades de ocuparle. Después de un buen espacio de tiempo, interrumpiendo mi meditación el caballero me dijo: ¿cómo te llamas? Gil Blas, para servir a V. y a Pelayo mi ascendiente en línea derecha, le respondí yo. Pues bien, Gil Blas, replicó el caballero apretándome la mano, tienes asegurada tu suerte, cuenta con un amigo y con un mentor en la ex-corte: me llamo Don Simplicio Bobadilla, he vivido desde que nací en la plazuela del Progreso, el 29 de Setiembre de 1868 pasé mi ajuar a la plazuela de la Libertad, y ahora en vista del sesgo que van tomando las cosas, he determinado trasladarme a la calle del Desengaño, esquina a la del Caballero de Gracia, donde me puedes mandar. Y se despidió de mí cortesmente, así como por hoy también se despidió de sus lectores benévolo.

Gil Blas de Santillana.

Las campanas con sus alegres sonidos cantaban el nacimiento del Niño Jesús, y decían que aquel Niño nació en un pesebre, y vino al mundo para los humildes y para los pequeños, y decían á los pobres, á los que tienen hambre, á los que tienen frío, á los que padecen, á los que lloran, y á todos los corazones afligidos, que el niño Jesús vino al mundo á ser pobre y despreciado, que padeció por nosotros; que lloró por nosotros, que nació en un establo, y que murió en una cruz; que nos ama mucho, que nos ha redimido, y que hoy somos sus hermanos y los hijos del verdadero Dios.

Y las campanas á vuelo con sus alegres voces, con sus voces benditas, hablaban á los corazones afligidos, y sobre el banco, en el que con sus manitas heladas quería Pedro calentar las de su hermanito, escuchaba estas alegres voces cuyo dulce lenguaje comprendía. Y oraba:—«Jesús mío, tened compasión de mi hermanito: ¡qué frío tiene! ¡qué hambre pasa! ¡yo os lo pido, mi buen Jesús! ¡no abandonéis á mi hermanito!» Y respondían las campanas. «Para los humildes y pequeños vine yo al mundo.»

Pepito despertó: «¿Sabes, Pedro, que soñaba que estábamos en la aldea, y que las campanas tocaban á misa mayor? Después, viendo á sus pies la chaqueta de su hermano: «No te quiero, hermanito, le decía, echándose á su cuello y acariciándole lloroso, tú también quieres morir.» Pedro, Pedro titubando respondía: «Yo, yo no tengo frío.» Y si hubiérais visto á estos dos pobres niños tiernamente abrazados, ¿hubiérais podido verlos sin enterneceros?»

Y las campanas entretanto seguían sonando alegremente. «Vamos á la iglesia, dijo Pedro, veremos al niño Jesús en su pesebre, y pediremos á la bendita Virgen que nos ayude: debe hoy estar contenta que tendrá piedad de nosotros, ya lo verás.»

La iglesia ostentaba sus más ricos adornos, mil luces pendían de hermosas arañas, la Misa del Gallo iba á empezar. Los niños ya no tienen miedo. Se hallan en la casa de Dios. ¡Y está la iglesia tan hermosa que olvidan el cansancio, el sueño, el hambre y el frío!

Arrodilláronse ante el altar de la Virgen. «Amorosos. Virgen Santa, decía Pedro; Virgen Santa, mirad qué pequeños somos y estamos solitos en el mundo!» Y José repetía: «¡Oh madrecita mía, tenemos mucho sueño y no tenemos cama! ¡Madre mía, dadnos una camita para poder dormir!»

Luego empezó la Misa. Metidos los niños entre el gentío, escuchaban las armoniosas voces del órgano y el canto de los sacerdotes, y no se cansaban de escuchar. Sin embargo, era tan tarde, estaban tan rendidos, que sentados detrás de un banco se quedaron dormidos uno junto al otro.

Concluyó la Misa, y al salir la gente ninguno reparó en los dos niños, que dormían cerca del altar de la Virgen. Estaban solos en la iglesia; pero ¿no estaban en la casa de Dios? Dormían, y la imagen de la Virgen les sonreía.

Vino el sacristán á apagar las últimas luces, y al volver á la sacristía vió los dos niños: llamó al señor Cura, que aun no se había marchado, y este los despertó. Pedro, el mayor, contó su historia: el señor cura la oía y lloraba; ¿necesitaré decirlos que se llevó consigo á los dos niños?

Una hora después nada tenían que desear Pedro y José. Se habían calentado en un buen fuego, habían comido sopa de almendra y dulces, estaban acostados en una buena cama que les preparó la señora Gertrudis, y mientras dormían, una imagen de la Virgen puesta frente á la cama les sonreía. ¡Dios mío, habéis escuchado el ruego de la niña pequeña, habéis tenido piedad de los niños que no tienen padre ni madre!

Al día siguiente, Pedro y José, bien lavados, bien peinados y muy limpios, con sus vestiditos de día de fiesta, se desayunaban con la señora Gertrudis, mientras el señor Cura estaba en Misa mayor. Esta buena señora, hermana del señor cura, estaba mirando los niños, porque estos, olvidando sus penas, habían recobrado ya la alegría de su edad.

En cuanto á ella, lejos de enojarse con aquella graciosa charla y tiernos cariños, hacia que Pedro contase por décima vez sus aventuras de la víspera, no sin interrumpirle á cada instante

con una exclamación, con un suspiro, y derramar más de una lágrima al escuchar aquella dramática narración.

Pobres angelitos, decía, y abrazaba á Pedro y á su tierno hermanito. Y decía Pedro: «Es la Santísima Virgen la que nos ha salvado.» Y José añadía: «Madre Gertrudis, ya no nos abandonarás; si supiérais, madre Gertrudis, que frío hace en la calle.» Y madre Gertrudis los abrazaba y reía y lloraba á la vez.

Después de Misa, el señor Cura salió con los niños, llevándolos á la casa grande de la Piedad, en cuya puerta estuvieron sentados por la noche.

—«Aquí es, decía Pedro donde hemos tenido tanto frío. Aquí es, decía José, donde mi hermano se quitó su chaqueta para taparme.»—«Pobres niños, decía el señor Cura, pobres angelitos!»

Subieron á la casa y entraron en la sala, en donde la víspera por la noche se admiraba el árbol de Noche-buena. La familia estaba allí. La abuela y los padres junto á la chimenea; los niños, entre los cuales jugaba Genoveva, habían extendido sobre la alfombra sus magníficos tesoros.

«Buenos días, señor Cura, ¿de donde traeis esos lindos niños?»

—«¡Son mi regalo de Pascua!»

Grandes y pequeños, todo el mundo escucha con emoción la historia de Pedro y José. Concluida esta, tan acariciados se vieron ambos niños, que casi ¡ingratos! olvidaron á la señora Gertrudis.

Se colocan sobre la alfombra al lado de la señorita Genoveva, se les llena de golosinas, admiran los trajes de la muñeca y los bailes de Polichinela; y comen en la vajilla de madera, llevan al prado los corderitos, pasan revista á la casa de labor y sus dependencias; caminan de sorpresa en sorpresa: la felicidad está pintada en sus ojos, la alegría en sus caras, nunca han soñado tantas maravillas, ni aun en sus sueños más estupendos.

¿Qué más os podré referir de este día? ¡fué encantador, fué feliz! ¿Qué os diré de la comida sino que fué de Navidad? Y hubo pavos y tortas y crema, y se jugó al dominó, y Pedro y Pepito se creían transportados al Paraíso.

Por fin fué preciso separarse. Cuando José, ya asido de la mano del señor Cura, iba á salir de la sala, Genoveva, corriendo tras él y llevándolo en sus manos la almohadita, —«toma, le dijo, Pepito, toma mi almohadita, llévala, ya verás que blanda es; ya verás que bien se duerme en ella.» Y la madre, á pesar de su severidad, no tuvo valor para reñir á Genoveva por aquella acción.

Pasados los primeros días, fué preciso pensar en el porvenir. El señor Cura, y sus amigos, reunidos en consejo de familia, decidieron que Pedro y José fuesen á vivir á casa de un maestro carpintero, hombre honrado y cristiano viejo, que vivía allí cerca. Pedro, ya crecido, empezaría su aprendizaje, y Pepito iría á la escuela.

Pedro llegó á ser un aprendiz modelo; José fué un modelo de niños aplicados. El domingo almorzaban en casa de madre Gertrudis y comían en la casa grande de la calle de la Piedad. Eran buenos, eran felices, se veían amados. ¡Dios mío, habéis tenido piedad de los niños que no tienen padre ni madre.

Más adelante el uno era un médico acreditado, y el otro, casado con una hija de su maestro, dirigía sus talleres que más adelante había de heredar, y lejos de tener envidia de su hermano, se complacía en hablar de él y de sus acertadas curaciones.

Y aquí concluye. Si os hizo llorar; si os excitó la risa; si os interesan la niña y su almohadita; si queréis recompensar al narrador, pedid á Dios algunas veces por los niños que están solos en este mundo y que

Envíe al pobre niño de sus padres privado
Una almohadita blanda para poder dormir.

NACIMIENTO, VIDA Y MUERTE

Del anticoncilio antiecuménico de Nápoles

Vamos á referir á nuestros lectores en dos artículos el nacimiento, la vida y la muerte de un Anticoncilio que solo ha servido para aumentar

el esplendor de la Santa Asamblea Vaticana. Juzgar por la marcha de las cosas humanas, si alguna reunión tenía un éxito asegurado, era precisamente la congregada en Nápoles por el Conde José Ricciardi, la cual además de fomentar las pasiones, se hallaba de acuerdo con todos los Gobiernos del universo, por lo general opuestos al Concilio ecuménico. Por el contrario, el abandono en que se encuentra el Papa; la multitud de poderosos que le son contrarios, su reducidísimo erario, su fuerza reducida á una sencilla Bula de convocación, la inmensa dificultad de reunir á tantos Obispos procedentes de los más lejanos países en Roma, rodeada, sitiada y calumniada por enemigos sacrílegos, todo parecía que había de contribuir á disipar como el humo el Concilio Vaticano; y en vez de esto vemos que se inaugura solemnemente, y congregado en medio de la mayor tranquilidad, trabaja en la regeneración del mundo, mientras que el Anticoncilio nace y muere á un mismo tiempo, disuelto por los mismos gobernantes que más aborrecen y maldicen la Asamblea romana. Hé aquí una hermosa página de historia contemporánea que nos apresuramos á escribir brevemente.

I.

Apertura del Anticoncilio.

José Ricciardi, promovedor del Anticoncilio, tenía proyectado que se abriese el 8 de Diciembre, para insultar á un tiempo á la Inmaculada Concepción y al Concilio; pero la Virgen poderosa, que destruye todas las heregias, no permitió tanta profanación. El teatro de San Fernando de Nápoles estaba destinado para servir de aula anticonciliar, en que debían aparecer los histriones del libre pensamiento; pero como el 8 de Diciembre era día festivo, y al empresario del teatro le tenía más cuenta la representación de costumbre que las comedias de saltimbanquis. Ricciardi, no pudo disponer del salón hasta el 9 de Diciembre, con lo cual la festividad de la Inmaculada Concepción no fué profanada con tantas blasfemias y sacrilegios.

Llegado el 9 de Diciembre, el teatro de San Fernando abrió sus puertas al mediodía á los padres del Anticoncilio, que entraron en número de unas 700 personas y entre ellas unas diez señoras. Para entrar era preciso pagar, porque los libre-pensadores conservan aún una fé vivísima.... en el dinero. El precio de entrada era de 50 céntimos, precio exorbitante para semejante asamblea. Jamás se pagó tanto en los teatros de volantes. Sobre el palco escénico se leía en un gran cuadro trasparente «Las nacionalidades del mundo civilizado hermanadas en el libre pensamiento.» Pero mejor que el cuadro, el mismo Anticoncilio debía darnos una muestra de tan singular fraternidad.

Sobre aquel palco apareció José Ricciardi, y leyó su alocución. Solo el que conozca á Ricciardi, el que le haya oído tantas veces hablar en la Cámara, podrá formarse una idea de la noble comparsa y del chistoso espectáculo.

II.

El discurso de J. Ricciardi.

Escribiendo nosotros para la historia, por si el historiador cree deber hacer mención del Anticoncilio, hablaremos de él con las Actas oficiales en la mano. El *Popolo d' Italia*, periódico de Nápoles, en su número 333, del 11 de Diciembre, nos dá el proceso verbal de la primera sesión anticonciliar. Los congregados no tuvieron valor de constituirse en Anticoncilio, y llamaron á su reunión *Asamblea de los libre-pensadores en Nápoles*. La relación de la primera sesión empieza así:

Primera sesión de 9 de Diciembre de 1869.

PRESIDENTE, Ricciardi.—SECRETARIOS: Senisi, Gatti, Imbriani, Bordone, Pace y Carusi.

La sesión se abre á la una y media de la tarde.

El Presidente pronuncia el discurso inaugural. Dice que la idea inspiradora de este Congreso, aparece bien clara en la sencilla inscripción que se

se sobre el cuadro pendiente en el fondo de la sala: *Las naciones del mundo civilizado hermanadas en el libre pensamiento.* Observa que si el Papa inaugura ayer en el Concilio ecuménico en nombre de una Trinidad, también los libre-pensadores se reúnen hoy en Nápoles inspirados por una Trinidad; pero que esta no es como aquella, puesto que se compone de la Razon, de la Verdad y de la Libertad, de la Libertad especialmente, sin la que en este momento no hubiera sido posible una Asamblea de racionalistas. (*Aplausos.*)

Dice que la humanidad debe ser redimida de la esclavitud, y sobre todo, librada del sacerdote, fuente perenne de barbarie y de ignorancia. (*Bien.*)

No aceptar aquello que repugne á la razon; construir sobre las ruinas de los dogmas de hoy en adelante negados, oponiéndoles las máximas eternas de la sana moral, hé aquí, dice, la tarea que debe desempeñar el Anticoncilio. Pero esta será obra de racionalistas, continúa, y por tanto su propósito fué no invitar al seno de esta Asamblea á los pseudo-reformadores ni á los llamados protestantes. (*Aplausos.*)

Dice que el bien no necesita ser inspirado por máximas dogmáticas; sino que será (*Bien!*) la norma de una porcion de hombres honrados, que no gusten de maldecir ó hacer mal á nadie, ni aun al Papa. (*Aplausos prolongados.*)

Pasa en seguida á hablar de Italia mas particularmente; manifiesta los males que ha recibido siempre del Papado, y concluye diciendo que éste es semejante á un cáncer, que si no queremos que acabe con nosotros, es preciso que le arranquen de nuestro cuerpo. (*Aplausos frenéticos y prolongados.*)

Saluda por último á los honorables representantes de las diversas naciones en el Anticoncilio, y anuncia á la Asamblea que por cuestion de tiempo no han llegado aún todos los que tenian que asistir á ella, pero que vendrán muy pronto. (*El presidente es saludado al fin de su discurso con frenéticos y prolongados aplausos.*)

¡Pobre Ricciardi! Este es el único comentario que puede hacerse á este discurso. Ha inventado una Trinidad, cuya primera persona es la Razon ¡Pero obsérvese cómo la ultraja contradiciéndose! Después de haber protestado de que no quiere hablar mal ni aun del Papa, añade que es un cáncer, é inmediatamente despues de haber declarado que no quiere hacer mal ni aun al Papa, afirma que es preciso destruirle. ¡De este modo respeta Ricciardi su Trinidad!

(*Se continuará.*)

Plañideras (Progresistas) ni en verso ni en prosa.

Dicen que la union se ha roto
Porque se marchó Topete,
Y que esto pone en un brete
A la gente de alboroto.
Pobre don Juan
Hombre de honor!
como te dejan
¡Ay que horror!...

Diz que el cándido Serrano,
También retirarse quiere
Y que de pena se muere
Al ver que se va su hermano.
Mira Sagasta
Con gran dolor
Que esto se gasta;
¡Ay que horror!

El modesto Figuerola
Hacer ministro se deja
Porque Prim se lo aconseja
Y por la patria se inmola.
A mi bolsillo
Causa pavor
El ministrillo...
¡Ay que horror!

Le consueta á Ruiz Zorrilla
Que á la gente de sotana
Podrá quitarle la gana
De comerse la tortilla.
Enjojo tanto,
Con tal ardor

Porque... Dios Santo...
¡Ay que horror!

Mas... la cuadrilla se espanta;
Atormentada se agita!
Quién su marcha precipita
Y le causa angustia tanta?
Que rey no encuentra,
Y con dolor,
Que Carlos entra
Ve... ¡Ay que horror!
(*La Voz del Patriotismo.*)

VILLANCICOS

al dulcísimo Niño Jesus.

Coro.
Gloria en las alturas
Gloria á Jehová
Y paz en la tierra
A los hombres, paz.

Angeles.
Hijos de los hombres
El sueño dejad,
De gozo y ventura
La nueva escuchad,
Un niño á nacido,
Que es Iris de paz,
Felices Pastores
Venidle á adorar.

El cielo es el trono
De su Magestad;
Su gloria, infinita,
Su reino, inmortal:
El Rey de los reyes
Ha nacido ya;
Hijos de los hombres
Venidle á adorar.

Pastores.
Hermosos Enviados
Del Dios de Israel,
¿De dónde á los hombres
Tan grande merced?
Y acaso los pobres
Podemos tener
Acceso al palacio
De espléndido Rey?

Angeles.
No viene con pompa
Su pueblo á salvar,
No quiere mas armas
Que inmensa humildad.
Hoy es un pesebre
Su cuna real;
Su trono y palacio
Un triste portal.

Vereis en las pajas
Temblando llorar
Al que hace á los Cielos
Y tierra temblar:
Envuelto en pañales,
Un Dios de bondad,
Sufrir la intemperie
Cual niño mortal.

Vereis á su lado
Celeste Beldad,
Parisima Virgen
Su tanto enjugar,
Amante adorarle,
Su frio aliviar....
A Belen Pastores
Venidle á adorar

Pastores.
Pastores, Pastores,
Al punto á Belen,
Tan grande prodigio
Volemos á ver.
¿Y qué llevaremos

Heraldos del bien?
Qué don sus miradas
Pudiera atraer?

De nuestras ovejas
La leche tal vez?
De nuestras colmenas
Acaso la miel?
Gracias Pastoras
Venidle á traer
Y unid suave y pura
Manteca tambien.

El tierno cordero
Mas lindo escoged,
Que al Niño Divino
Le cause placer:
Las blancas palomas,
Que son como El,
Su dulce sonrisa
Podrán merecer.

La mas limpia lana
Blandura le dé;
Calientes abrigos
Llevemos tambien
De nuestra pobreza
Tan ruin pequenez,
Angélicos Nuncios,
¿Le agrada á Emmanuel?

Angeles.
Le agrada, Pastores,
Con mucho agrandar,
La buena, la pura,
La gran voluntad.
Llevad esos dones,
Y unid ademas
La fuerza, la fuerza
De un íntimo amar.

Llevadle inocencia,
Pureza llevad,
Llevadle sencillos,
Profunda humildad,
Y del dulce niño.
Que os viene á salvar,
La amante acogida
Podeis alcanzar.

Pastores.
Marchemos, Pastores,
Al punto á Belen,
Que el niño á los pobres
Se digna acoger:
De prisa, de prisa,
Pastores corred
A dar á María
Feliz parabien.

El misero albergue
Sin duda este es....
Sin duda Pastores....
Entremos en él.
Oh! tanta hermosura,
Del mundo no es!...
Postrémonos todos,
De un Dios á los pies.
Una religiosa.

Lista de donativos para los presos y procesados Carlistas.

Suma anterior.	76
Un realista carlista puro.	6 rs.
I. S. I. Carlista hasta la muerte.	6
Un devoto de la Virgen y Católico Apostólico Romano.	2
J. S. I. Admirador de Cabrera y fiel súbdito de su legítimo Rey.	4
D. C. S. Abinitio suæ conceptionis Realista, y actualmente amante de Carlos VII.	10
Una criada, Maria Bartolo.	4
D. F. J., Católico y Carlista acérrimo, se suscribe por 10 reales mensuales, pagó por el mes de Diciembre.	10
Total recaudado.	118

CRÓNICA DE LA CAPITAL.

La Noche-buena ocurrieron desórdenes lamentables en la Misa del gallo que se celebró en la Santa Iglesia Catedral y en la del Hospicio. En uno y otro templo hubo gritos, amenazas, se intentó apagar todos los quinqués de la Basilica, se insultó al guarda del silencio. Los autores de estos desmanes iban con la cara tiznada, y aprehendidos en los momentos de cometer estos excesos y otros que omitimos, fueron llevados á la cárcel.

Hace pocos dias se intentó robar en esta Ciudad la casa de una señora viuda, que vive en uno de los sitios mas públicos y céntricos é inmediato á la Plaza Mayor. Los ladrones rompieron parte de una puerta trasera que corresponde á la plazuela de la Libertad. Un perro que sintió el ruido dió la señal de alerta y los criminales huyeron.

Es cada dia mayor el número de desgraciados y honrados jornaleros que buscan inutilmente trabajo para dar de comer á sus infelices mugeres é hijos. Recomendamos nuevamente al ayuntamiento que arbitre recursos ó proporcione medios como sucede en otras capitales de menos importancia, á fin de que no perezcan tantas familias en la época mas rígida del año.

El dia 31, último dia de este año, se celebrará á expensas de algunos devotos, una funcion religiosa al Sagrado Nombre de Jesus, en la Iglesia de la Clerencia de esta Ciudad, en accion de gracias por los beneficios recibidos del Señor durante el presente año.

A las cinco de la tarde se rezará el Santo Rosario, y despues habrá Sermon que dirá el presbítero D. Miguel Sanchez, Catedrático en el Seminario, en seguida se cantará el Tedeum, y se dará la bendicion con el Santísimo Sacramento. El dia 1.º de año nuevo á las diez y media Misa solemne y sermon que predicará el presbítero Don Antonio Albarran, Párroco de Cabrerizos.

Por la tarde á las cuatro y media se rezará el Santo Rosario la Corona del Sagrado Corazon de Jesus y acto de Desagravios, se reservará y se dará la bendicion con el Santísimo Sacramento.

SALAMANCA:

IMP. Á CARGO DE ANTONIO DE ANGULO,

Rua, 57.

